



Hambre, posguerra, emigración, explotación industrial sin seguridad ni higiene en el trabajo y un atentado terrorista, con doce impactos de bala y el correspondiente exilio y desamparo a la víctima y a su familia en “los años de plomo”.

Doce balas en el cuerpo y...

DOCE BALAS EN EL ALMA

escribe

Rosa Peñasco

Sobre la vida de una persona que ha dejado al mundo un legado de amor, resiliencia y superación:

Francisco Ruiz Sánchez

Doce balas en el alma describe una historia increíble y de esas que solo ocurren en las películas, pero con el gran matiz de que se trata de una historia real.

El protagonista es Francisco Ruiz Sánchez, que recibió doce impactos de bala en el atentado terrorista que, casi por azar, sufrió en esa época que ha pasado a la historia como los años de plomo, en plena transición.

¡Doce balas!, tal cual... Pero además de las del cuerpo, Francisco ha sobrevivido a doce balas en el alma porque su vida puede calificarse de cualquier forma menos de normal, tranquila, fácil, regalada o segura...

Salvo Francisco, es difícil que exista en nuestro país alguien que también haya superado obstáculos tan duros como la hambruna de la posguerra, la emigración a las zonas industriales, la explotación de sol a sol en las fábricas del norte de España sin seguridad ni higiene en el trabajo y, por si fuera poco, un atentado terrorista, con doce impactos de bala que lo condenó a una rehabilitación física y psicológica atroz.

Solo alguien con un corazón enorme puede sobrevivir a estas doce balas en el alma, con sus desgarros, abandonos, presión, horror, adrenalina e impotencia, transformando el rencor y el dolor en el incansable afán de buscar un futuro para los suyos y, sobre todas las cosas, amar y ¡VIVIR!



Círculo Rojo
EDITORIAL





Francisco Ruiz Sánchez fue un niño de posguerra al que persiguió el hambre, hijo de emigrantes que trabajaron de sol a sol en plena explotación industrial y, por si fuera poco, una víctima del terrorismo que sobrevivió a ¡doce impactos de bala!, en aquellos tiempos conocidos como los años de plomo, en los que se aislaba, rechazaba y desamparaba a la víctima y a sus familias.

Francisco, hoy, es un padre de familia y un emprendedor ejemplar, pero, sobre todas las cosas, es un hombre hecho a sí mismo tras renacer miles de veces de sus cenizas, sin destilar ni un gramo de rencor después de lo que sufrió.



Rosa Peñasco

www.rosapeñasco.com

Rosa Peñasco cuenta con más de una docena de libros premiados y publicados, de géneros literarios diversos.

Destacan novelas como *La sumisa insumisa* (Premio novela Ciudad de Irún, reeditada varias veces por Suma de Letras) o *Ángeles en el laberinto* (editorial Pie de Página, 2016), además de la biografía *Mi madre-niña: un viaje al corazón, desde el corazón del alzhéimer* (Editorial Círculo Rojo, 2013), que dio lugar al proyecto Alzhéimer Solidario, así como a líneas de investigación hoy en día vigentes en la universidad.

Como doctora en Derecho y profesora titular de Universidad (UNED), siempre ha intentado integrar el mundo universitario y artístico con ensayos que destilan humor, pasión y creatividad, tales como: *El testamento ológrafo otorgado por personas que escriben con la boca o con el pie* (Editorial Dikynson 2018), *La copla sabe de leyes: el matrimonio, la separación, el divorcio y los hijos en nuestras canciones* (UNED, 2018, seleccionada como mejor monografía jurídica para Premios UNE), *UniversalizArte: el Arte en la Universidad como medio terapéutico y docente*, *Dimensiones éticas y jurídicas de la manipulación genética* (Delta, 2010), *La accesión y el cambio climático* (ECU, 2009), el ensayo humorístico *Veinte tipos de humor manchego y una conclusión inesperada*, y *Mobbing en la Universidad* (Adhara, 2005).

Ha escrito artículos como «Con mi gran sentido del thumor» (viral, 2017), cuentos infantiles como «El corazón no sabe matemáticas» (BAM, 2001) o «No hay yo, sin tú» (Primer Premio en el I Certamen internacional Más cuento que Calleja, 2007), y varios libros de poesía: *Doctor Libido*, *supongo*, *Vuelve*, *Afrodita, por favor, vuelve*, *Apuntes*, *¡fuego!* y *Tengo a la utópica en el charco*.

En la actualidad, además de la biografía *Doce balas en el alma* y la novela *En busca de mí* sobre el Camino de Santiago, Rosa ha escrito varios libros de poesía mística que está deseando publicar: *Divina proporción*, *Loca espiral de milagros en galaxias, seres y átomos* y el trabajo en el que intenta integrar las grandes filosofías de Oriente y Occidente, en la figura de su musa, Teresa de Jesús: *Santa Teresa: siete moradas, siete chacras*.

Rosa Peñasco

www.rosapeñasco.com

Doce balas en el alma

BIOGRAFÍA DE FRANCISCO RUÍZ



A Francisco Ruíz Sánchez:

*Héroe de esta historia y víctima del
terrorismo por un atentado que, como la vida,
lo marcó para siempre con doce balas en el cuerpo y en el alma.*

Bala 1: Infancia, hambre y posguerra

Nací veinticuatro horas después de que asesinaran a Gandhi y veinticuatro horas antes de que tres físicos americanos inventaran un transistor que, a lo largo de varias décadas, iba a aplicarse a la radio, a las comunicaciones y hasta a los ordenadores de todo el mundo. Aún no me habían salido los dientes cuando se creó la ONU en Nueva York, con ánimo, según se ha dicho aunque no siempre se haya hecho, de velar por unos Derechos Humanos inexistentes en aquella debacle que todo el mundo conoce como Segunda Guerra Mundial. Mientras tanto, en Europa se aprobó un Plan, denominado “Marsall”, que años después permitió a niños como yo, presos de la hambruna que generó una guerra a la que llamaron civil, pese a que como todas las guerras fuera completamente incivil, tomar leche, aunque en polvo, ¡y americana! Cuentan que aquel gesto fue recibido por la población con tal alegría, agradecimiento y énfasis que, años después, una resuelta folclórica honró a aquellos yanquis cantando la copla “Americanos”, con su pegadiza estrofa “os recibimos con alegría, viva tu mare, viva tu pare y viva tu tía”.

Ya había dado mis primeros pasos cuando Truman juró su segundo mandato como Presidente de Estados Unidos y un tal Rainiero fue nombrado príncipe de un pintoresco lugar, llamado Mónaco, años antes de robarle la musa rubia a Alfred Hitchcock, para enamorarla y terminar casándose con la glamu-

rosa Grace Kelly, en un ambiente de cuento de hadas que daría la vuelta al mundo.

Todos estos acontecimientos y muchos más tuvieron lugar entonces pero, tal vez acorde con la teoría de algunos físicos cuánticos que creen en la existencia de realidades paralelas, ni mi familia ni yo conocimos aquellos sucesos porque nos había tocado vivir en un lado duro y oscuro del mundo y no podíamos ocupar ni un solo gramo de nuestra energía en otra cosa que no fuera sobrevivir.

De hecho, la supervivencia era una actividad tan agotadora que mi madre ni siquiera tuvo tiempo de hacer caso a las habladurías supersticiosas, típicas de las zonas rurales, que daban por hecho que mi vida sería intensa y estaría plagada de dureza y contratiempos, solo por haber tenido la osadía de nacer uno de esos años que traían de regalo un día de más. Nunca conocí la razón de aquella superchería que he escuchado miles de veces y en contextos bien diferentes, pero debo reconocer que a día de hoy me resulta chocante y hasta abrumador constatar que los grandes acontecimientos que han marcado mi vida o una existencia que nadie se atrevería a calificar de sencilla, tranquila, vulgar, normal o segura, siempre han tenido lugar, curiosamente, en un año bisiesto.

Para empezar, era bisiesto aquel año 1948 en el que nací en pleno corazón de La Mancha y también en pleno corazón de la posguerra o la época que ha quedado registrada para siempre, en las conciencias y en los libros de historia, como “los años del hambre”. No me atrevo a afirmar si las conciencias y los libros reflejarán con mayor o menor exactitud otro tipo de asuntos, pero sé, igual que lo tienen grabado a sangre y fuego quienes vivieron lo mismo que yo, que en cuanto al hambre de aquellos años no hay lugar a dudas: ¡todo era hambre! Hambre de pan. Hambre de no tener miedo. Hambre de trabajo. Hambre de olvido. Hambre de dignidad y respeto... ¡Hambre de paz! ¡Hambre! ¡Y más hambre! ¡Hambre por sobrevivir! ¡Hambre!

Mis padres, inconscientes como la mayoría de los jóvenes, se quisieron mucho, así que doy por hecho que también fui un niño querido por ellos, pero no un niño buscado en unos momentos en los que, como una especie de Montesco y Capuleto de un lugar llamado Valdepeñas, las familias de unos y otros se repudiaban por diferencias sociales y económicas. Hay que decir, además, que aquella época no era como esta y no cabía en cabeza humana que los niños tuvieran que buscarse como si se buscara un objeto perdido o se anhelara encontrar una aguja en un pajar. ¡Y menos aún con las circunstancias de necesidad y pobreza que o ya rodeaban o pronto iban a rodear a tantas y tantas familias como la mía!

Los niños venían o no venían y cuando llegaban, primero eran una boca más que alimentar, después suponían una mano más para trabajar y, en definitiva, siempre eran un resultado lógico y natural, surgido de un hecho tan natural como el amor y la pasión casi juvenil que entiende de besos, hormonas y calor en la sangre, pero que desatiende convencionalismos económicos, diferencias sociales y absurdas ventajas familiares.

Y sí, yo llegué como tantos otros en aquellos años, marcado, sin darme cuenta, por las dificultades de aquel ambiente cuajado de necesidades, aunque en mi inconsciencia infantil también fundiéndome y hasta disfrutando del mismo entorno con total naturalidad. Porque un niño siempre es un niño, con su inocencia, su energía inagotable, su imaginación y sus juegos, nazca donde nazca y sea cual sea el momento en el que asome por vez primera la cabeza en este loco mundo.

Pero mi gran problema no fue solo la hambruna de aquellos años que pronto iba a salpicarme sin compasión, sino el hecho nacer cargado con la peor de las losas: la losa del desamor, el rechazo y la negación. Me cuesta mucho recordar algo así, pero decir que fui un niño malquerido por culpa de esos convencionalismos es otra verdad tan cierta como ese aire de hambre que parecía envolverlo todo.

Porque si hasta hace pocos años ha estado muy mal visto socialmente que un niño naciera de padres que aún no se habían casado, no cuesta mucho imaginar cómo por la misma razón la gente pondría el grito en el cielo, ¡hace ya más de setenta años y en tiempos de religión, cerrazón y posguerra! Yo fui uno de esos niños marcado desde la cuna porque, cuando mis padres decidieron casarse, ya llevaba algunos meses en este mundo, soportando el rechazo y la losa del calificativo “ilegítimo” que solo tras su boda podría transformarse en “legitimado”, equiparándome así, en esos momentos en los que no existían los derechos del niño y los hijos se clasificaban como si fueran productos de supermercado, a los hijos legítimos.

Y en este ambiente hostil, tampoco es difícil creer que los padres de mi padre, propietarios de algunas fincas dirigidas por el manigero correspondiente, trabajadas por varios agricultores por cuenta ajena y, en consecuencia, bastante pudientes a nivel económico, decidieran rechazarme. Me he preguntado muchas veces si ese rechazo tenía que ver con el hecho de ser un niño ilegítimo, por la pobreza que salpicaba las vidas de mis abuelos maternos y tanto contrastaba con la prosperidad de los paternos o por las dos cosas. Nunca he podido descifrar el enigma: solo sé que no tendría que haberme faltado de nada, teniendo en cuenta que mi abuelo paterno era una especie de terrateniente, frente a Teodoro, el padre de mi madre, que se ganaba la vida como casero en una finca llamada San Joaquín, situada en la carretera de Cózar. Cuentan que en aquella finca había un pozo de agua agria con fama de ser muy buena para las digestiones y los asuntos de estómago, así que mi abuelo materno no dudó en llenar garrafas de aquel pozo para ir a venderlas al pueblo y llevarlas de casa en casa con su carro y su mula, haciendo un enésimo intento por sobrevivir.

Cuando echo la vista atrás y veo cómo quedó marcada mi vida desde el origen, me dan escalofríos reparando en el hecho de que quizás nunca habría sufrido un atentado, con las doce balas que

alegres y repartidas como el pan de los pobres me rompieron el cuerpo y marcaron mi alma y la de los míos para siempre, si mis padres no hubieran tenido que emigrar huyendo de ese rechazo que los condenó a la pobreza.